

Reportajes y textos periodísticos

Estética de la información

Carlos Mejía Vergara

*No sólo el hombre es un microcosmos.
Cada cosa, cada fenómeno de la naturaleza, es también un microcosmos en marcha.*
César Vallejo. "Últimos descubrimientos científicos". *Mundial*, 1927

Se usa el término "violín de Ingres" cuando se habla de la faceta escondida de alguien reconocido por su dominio de alguna materia. César Vallejo, en su artículo "La locura en el arte" (*Mundial* 1928) considera que el "violín de Ingres" de un loco puede ser la pintura, pues "la vocación principal de un loco es la locura [...] su motivo fundamental de vida", pero "[...] contra lo que pudiera creerse, no se entrega a la locura totalmente, sino que parte su sensibilidad casi por igual entre esa vocación predominante de su vida y cualquier otra esfera vital". Vallejo no está loco, pero su sensibilidad está dispersada equitativamente en toda su producción artística. El "violín de Ingres" del poeta, entonces, puede ser el periodismo, como también la narrativa o el teatro. Sin embargo, su principal vocación es ser humano.

En medio del convulsionado Perú de Leguía, César Vallejo partió a Europa en 1923 con un pan en el hombro: sería colaborador del diario *El Norte* de Trujillo, fundado por sus amigos de la bohemia de dicha ciudad. El periodismo sería su principal fuente de ingresos, pues además de colaborar con revistas latinoamericanas y francesas, en 1925 lo hacía para la revista *Mundial* y en 1929 para *Variedades* y *El Comercio*, todos medios limeños. Su actividad periodística continuó hasta su enfermedad y posterior deceso en 1938. La mayoría de este trabajo fue recuperado y compilado en *Desde Europa: crónicas y artículos (1923-1938)* (1987) gracias a la labor de Jorge Puccinelli, quien hizo posible una colección fundamental para apreciar y descubrir esta faceta casi inexplorada de Vallejo,

cuando incluso hoy en día su trabajo fuera de *Los heraldos negros* (1918) continúa siendo ignorado por gran parte del Perú.

En tiempos modernos, cuando la labor periodística se acerca a los límites de la literatura a través de vehículos como la crónica o el perfil, se generan suspicacias sobre la veracidad de su contenido informativo. Tal es el caso de Ryszard Kapuściński y sus relatos bélicos que, a pesar de su intensidad narrativa, resultaban en su mayoría productos de la ficción más que de hechos reales. Habría que preguntarse a estas alturas si los géneros periodísticos pueden considerarse arte y si esa condición interfiere con la objetividad de la información.

En el caso de Vallejo, su minuciosidad estética no se contrapone a su labor informativa. A través de más de un centenar de artículos, queda claro que Vallejo hacía una sutil distinción entre su trabajo puramente literario y el periodístico. Toda su producción se alimenta de los mismos temas, recursos literarios, sensaciones y convicciones políticas. Más cuando sugiere que considera la actividad informativa —la de antaño, la de salir a la calle— como la mejor forma —si no la única— de sensibilizarse ante las experiencias humanas, como lo deja entender en "Literatura a puerta cerrada" (*Variedades*, 1928): "El literario a puerta cerrada no sabe nada de la vida. La política, el amor, el problema económico, el desastre cordial de la esperanza, la refriega directa del hombre con los hombres [...] nada de esto sacude personalmente al escritor de puerta cerrada".

Vallejo destaca por sus habilidades esenciales para el periodismo. Por ejemplo, sus opiniones, en muchos casos, encuentran referentes vigentes a pesar de haber sido publicadas a comienzos del siglo pasado. Esto no sorprende si consideramos su capacidad de lectura de los contextos mundiales. El profesor sanmarquino Winston Orrillo, uno de los principales investigadores del legado periodístico de Vallejo, resaltó su capacidad de anticiparse a los conflictos que sucederían, incluso, luego de su muerte:

[...] (Vallejo) es el vate (el que vaticina) pero no por obra y gracia de ningún esoterismo más o menos trasnochado, sino por su capacidad de estudio de la realidad y por su poderosa intuición. Estábamos a diez años de que estalle la guerra, y ya Vallejo pudo escribir, una década antes: "Mientras tanto, las contradicciones económicas del capitalismo se agravan más y más y la futura guerra sigue preparándose" (*César Vallejo: los géneros periodísticos*, 1998).

En "Cooperación" (*El Norte*, 1924), cubrió un evento realizado en un teatro de París con el fin de difundir la producción cultural peruana; sin embargo, el texto es una directa crítica al espíritu todavía colonialista y condescendiente de Europa hacia Latinoamérica. En sus palabras: "Nosotros, en frente de Europa, levantamos y ofrecemos un corazón abierto a todos los nódulos de amor, y de Europa se nos responde con el silencio y con una sordez premeditada y torpe, cuando no con un insultante sentido de explotación". Para terminar con un "¡Bajo Imperio! ¡Aquí estamos los bárbaros!". ¿No se discute hoy en día sobre

la facilidad con que el Estado entrega sus recursos naturales? Estamos, tal vez, entregando nuestro corazón a tajo abierto. Vallejo, no obstante, no es un chauvinista, pues tampoco tiene miramientos para cuestionar a sus coterráneos en Francia: "Mientras siempre es frecuente oír el español en los cabarets de Montmartre, da pena que no suceda otro tanto en el foyer de los teatros de alta cultura. [...] Se está en París como si no se estuviese" ("El más grande músico de Francia". *Varietades*, 1926). Mientras escribo esta reseña, una blonda jovencita contesta a voz en cuello su celular en medio de la biblioteca. ¿Se está en la biblioteca como si no se estuviese? Si vamos más allá, ¿se está en el Perú como si no se estuviese? La prosa vallejana nunca deja de plantear interrogantes.

No obstante encontrarse en una época cuando el periodismo, en su mayoría, adquiría la forma de nota informativa, sosa y puntual, Vallejo estructuraba sus historias con destreza. Escribía textos periodísticos sobre temas relevantes, pero eso no le impedía impregnarlos de un aura novelesca, siguiendo el precepto periodístico que acuñara García Márquez décadas después: "hacer interesante lo importante". En el siguiente ejemplo, este afán es claro desde su provocador título: "El congreso internacional de la rata" (*Mundial*, 1928):

En la próxima guerra, las batallas de gas se harán de pueblo a pueblo y no ya entre ejércitos. El ministro de la Guerra tocará una buena mañana, desde su cama, un botón eléctrico y todas las ciudades del país enemigo serán destruidas instantáneamente.

te con el "fosgeno". Por la tarde, se firmará otra vez la paz y la Sociedad de las Naciones podrá, al siguiente día, reanudar sus sesiones, al borde de los lagos ilustres.

Queda claro para Vallejo que el arte era una forma superior de exponer las deficiencias de cualquier sistema. Así lo reafirma en su crítica a la cinta *En pos del oro* de Charles Chaplin, donde desborda su entusiasmo y admiración por el artista europeo:

Así, pues, sin protesta barata contra subprefectos ni ministros; sin pronunciar siquiera las palabras "burgués" y "explotación"; sin adagios ni moralejas políticas; sin mesianismos para niños, Charles Chaplin, millonario y gentleman, ha creado una obra maravillosa de revolución. Tal es el papel del creador ("La pasión de Charles Chaplin". *Mundial*, 1928).

Vallejo nunca escondió su sentir político. Su simpatía con las teorías de Marx está presentes en toda su obra. Esto lo llevó, en algún momento, a ser un comunista declarado y realizar el primer reportaje en español sobre la situación de la Unión Soviética a fines de los años veinte. Sin embargo, el santiaguino no fue un militante dogmático, pues su gran reportaje *Rusia en 1931. Reflexiones al pie del Kremlin* (1931) (reseñado en esta edición de *Un Vicio Absurdo*) muestra las dudas que tenía sobre el sistema soviético. Y es que el enriquecimiento a costa de la gente y la obsesión por el poder no es exclusividad de una tendencia política. Para mayores luces, cito al propio Vallejo que sentencia: "Las revolu-

ciones de la historia no las han hecho los millones sino justamente la miseria" ("La lucha electoral en Francia". *Variedades*, 1928).

A pesar de sus férreas convicciones políticas y sociales, Vallejo es irónico y ácido en muchas de sus opiniones. En "Los peligros del tennis" (*Mundial*, 1926) escribe: "Todo se hace ahora por snob, en justa muscular, como en justa científica. Se es capitán de golf o impugnador de Einstein, sólo por prurito de novelaría. Todos quieren aparecer a la última tinta de la moda". Vallejo, en "El asesino de Barres" (*Variedades*, 1926), vaticina indirectamente la banalización y espectacularización de la información de hoy en día, al ironizar sobre las cortes parisinas, circo de "jueces, testigos, fiscales y abogados" que mantienen en vilo a la población que quedaba satisfecha con el espectáculo, pues:

No les había costado dinero. De un teatro salen las gentes, por lo general, insatisfechas, porque el espectador cree casi siempre, allá en los acordeones estético-económicos de su corazón, que la sesión teatral no valía lo que ha pagado [...]. En cambio las audiencias de París colmaban a las gentes de una emoción desinteresada, perfecta, inobjetable.

Esta apertura al humor responde además a que su lenguaje cultísimo y sus neologismos se dejan ver menos a medida que pasan los años. Esto debido a que Vallejo se expone a la nueva forma de hacer periodismo, hasta entonces nunca teorizado, que empieza a surgir en Europa. Así lo explica el académico Eugenio Chang-Rodríguez:

Después, más familiarizado con las crónicas francesas y españolas, y mejor enterado de las corrientes vanguardistas, Vallejo se orientó hacia el uso del vocablo exacto y el acento apropiado, como recomendó Joseph Conrad en la famosa frase citada por el vate peruano en 1936: "Dadme la palabra justa y el acento justo y moveré el mundo". Influido por los escritores franceses, Vallejo esgrime metáforas menos complejas, asequibles tanto a la elite como a las masas y ofrece sorpresas de manera insinuantemente cinematográfica.

La obra periodística de Vallejo, con toda su riqueza conceptual e histórica, tiene, en tiempos de una prensa carente de análisis y preocupación por la destreza narrativa, que salir de las penumbras en las que está sumergida para convertirse en uno de los más grandes referentes del periodismo peruano. De paso, además, agregándole nuevas aristas a la imagen colectiva, a veces unidimensional, que se ha generado de nuestro poeta universal. Y es que los humanos no somos géneros y Vallejo no es sólo el hombre pensativo con la mano en la barbilla.